

# DE LA REALIDAD

¿Agustín García Calvo?

Aula de grados de la Facultad de Filosofía de Barcelona

28 de abril de 1998

Bueno, gracias por vuestra presencia, a Alegre por su invitación, a Luis Bredlow por esta magnífica presentación donde, por fortuna, ha primado mucho más la atención a las cosas que he ido intentando hacer o intentando dejar que me salgan, mejor que a la persona, que es siempre un estorbo para cualquier cosa, lo mismo para la poesía que para la razón, la razón en marcha.

Vamos a hablar de la Realidad, una cosa que es casi una redundancia, porque, según he ido intentando formular de una manera cada vez más clara, Realidad se define precisamente como aquello de lo que se habla. Y digo “vamos a intentar hablar de ello”, porque desde ahora os estoy invitando ya. Mi deseo es que esta sesión, puesto que además supongo que no estamos muy apurados de tiempo, sea una en la que muchos de vosotros tengan, cómo no, cosas que decir, ocurrencias acerca de la Realidad, sea más o menos rozando con lo que yo os diga o sea contrariándolo, de manera que estad preparados a que en cualquier pausa de las que haga podáis levantar la mano, avisarme de que se os ha ocurrido algo y, por tanto, hacer que esto del lenguaje común, la razón común que se enfrenta a la Realidad, pueda sonar por múltiples bocas, por eso mismo de que es común, de que no pertenece a nadie.

La elección del libro de Lucrecio, el “De rerum natura”, puede parecer un poco sorprendente, porque esto, esto que tenéis aquí es un libro de ciencia, al mismo tiempo que es un libro en verso, poesía, y no estamos muy acostumbrados ahora, después de los siglos de progreso de la ciencia, a que las cosas se presenten así, pero así es como funcionan en esta exposición casi apostólica que a Lucrecio le dio por hacer de la Física de Epicuro, de la forma más perfeccionada de la Física atómica o materialista entre los antiguos. Es verdaderamente un libro de ciencia en verso, y como toda ciencia, la de Epicuro, la de Lucrecio, tiene por finalidad sostener la realidad, sostenerla.

Es evidente que la Realidad, sea lo que sea, es algo que amenaza con caerse, y que, por tanto, hay que sostenerlo. ¿Cómo puede ser esto? Eso es lo que quería que viéramos en un momento; pero primero, la evidencia: hace falta sostenerla, cotidianamente. Los Medios de Formación de Masas, con la Televisión a la cabeza, están cada día haciendo precisamente eso, sosteniendo la Realidad. Y luego, en la cumbre, en lo más alto, está la Religión que nos ha tocado en el Régimen que hoy padecemos, que es la Ciencia, al lado de la cual los restos de las otras religiones no ejercen más que una función complementaria, necesaria también, pero complementaria respecto a la principal, a la Ciencia, con la Física a la cabeza. Ahí también se trata de, en último término, sostener la Realidad: que, si a alguien por acá abajo le entran dudas de que sea contradictoria, absurda, menti-

rosa, falsa, por lo menos se le pueda tapar la boca diciéndole: “allá arriba doctores tiene la Iglesia”. Se supone que ahí están los filósofos o teólogos del día, que son físicos, que éstos efectivamente saben, saben bien cómo es la Realidad.

Necesita pues evidentemente sostenerse, lo cual se entiende si se piensa que necesita fe, que para que la Realidad reine, se imponga, sea lo que es, necesita que se crea en ella, necesita fe. Esto también es un nuevo perfeccionamiento de esta última religión respecto a las anteriores. Recordáis que todavía, en los catecismos del antiguo Régimen de la religión católica, por ejemplo, se os decían cosas como: “—¿Qué es fe? —Creer lo que no vimos. —¿Visteis vos nacer a Jesucristo? —No, padre. —¿Creéislo? —Sí lo creo.” Era creer lo que no vimos, creer lo que no se ve. El perfeccionamiento de esta religión es que se ha librado ya de esa molesta necesidad de reconocer el misterio, y entonces está dispuesta a hacernos creer en lo que vemos precisamente, aunque tengamos que verlo por el microscopio o por el electrónico, pero en fin, eso son *peccata minuta*: el caso es que lo vemos y la religión que padecemos trata de confirmarnos en esa fe. Tranquilizarnos también personalmente, porque si la Realidad falla, la Realidad general, la realidad de uno como persona inevitablemente también falla. Si se llega a dudar de la Realidad, de esta fe principal, desde luego la realidad de mí mismo queda en entredicho, puedo entrar en dudas respecto a mi propia realidad, unidad, totalidad, respecto a si seré el que soy o si no seré el que soy, y si lo que soy seré todo lo que soy o si me quedará algo más por fuera, algo que es desconocido y que sin embargo está de alguna manera en mí.

Ya comprendéis que, si dieran cabida a estas dudas, por lo menos mucho, la Democracia desarrollada no tendría nada que hacer. La Democracia, el Régimen supremo que hoy padecemos, necesita que los individuos sean lo más perfectamente idiotas que se pueda ....[risas]: idiotas viene a querer decir lo mismo que eso de tener fe, tragarse la Realidad con las menos dudas posibles; porque solamente de esa manera se pueden reunir conjuntos de personas igualmente idioticas que en su conjunto lo sean todavía de una manera más perfecta, costituyendo las mayorías democráticas, a las cuales después al Régimen le es fácil, aplicando el truco fundamental de la Matemática al servicio de la Ciencia, que es el del paso al límite, le es fácil hacerla pasar como un equivalente de todos. La mayoría = todos, ése es el ideal que se persigue; pero a nosotros aquí nos interesa sobre todo porque ello evidencia esa necesidad de fe: evidencia que a la Realidad hay que sostenerla, que no está ahí por las buenas, que necesita que se crea en ella y que para creer en ella, pues hace falta que la razón, que por otro lado corre el peligro de desmandarse y de ponerla en duda, en cambio se dedique, sumisa, utilizando incluso la lógica sumisa y la matemática sumisa, a sostenerla y confirmarla.

Esto es lo que hace una Física y, por tanto, esta Física que yo os presento es lo que hace también. Lucrecio tiene fe en la Física de Epicuro. Cree además, como tantas otras veces ha creído la Ciencia, que ella es el remedio de todas las religiones. Esta es la trama que tenéis que tener bien advertida. Se reconoce el mal: el mal es el miedo a la muerte; de ahí nacen todas las demás cosas. Las religiones contra las que Lucrecio se levanta, son religiones que trataban de crear, como siempre, ilusiones más o menos referidas a un tiempo futuro, referidas a

una pervivencia, a una inmortalidad... del alma, inventada no mucho antes, o de lo que fuera. Lucrecio piensa que, por el contrario, con esos manejos, las religiones no han hecho sino confirmar el miedo de la muerte, hacerlo más penetrante y más dominante, y que el remedio es que se llegue a reconocer íntegramente la mortalidad de uno: si llego a estar plenamente convencido, sin residuo alguno, de que mi cuerpo y mi alma, todo mi organismo (puesto que el alma, *animus* y *anima*, en los términos de Lucrecio, son también, no pueden ser otra cosa, conglomerados atómicos), si llego a reconocer que todo eso no tiene más destino que deshacerse en la infinitud de los átomos y que de mí no va a quedar absolutamente nada, eso paradójica- y razonablemente me curará de veras del miedo de la muerte. De esta manera es como la Física, el análisis físico de la Realidad, incluida la del *animus* y el *anima*, viene a presentarse como salvadora del miedo de la Muerte y por lo tanto de todos los crímenes y de todos los vicios, de todos los males, que todos ellos nacen, como en el comienzo del libro tercero se muestra, del miedo a la muerte, incluido en último término el suicidio, cuando, ya acosado por los otros miedos sustitutos del de la muerte, uno llega a coger tal odio de ver la luz del Sol, que se administra la muerte él solo, él mismo, olvidado del todo de que la fuente de todos sus males, de todas sus angustias era precisamente ese futuro que él se administra, ese miedo a la muerte.

Todo esto es muy razonable; la Ciencia después más veces, aunque de una manera no tan clara ni apasionada, ha pretendido acabar con las tinieblas, con las tinieblas de las religiones anteriores, todavía, tal vez la última vez que lo hizo de una manera explícita y clara, por los años de la ilustración y de la revolución francesa, a fines del XVIII. Una y otra vez se ha demostrado que también esa ilusión de la Ciencia de acabar con las religiones, con el engaño, con las ilusiones, era una ilusión a su vez y que cualquier forma de ciencia estaba presta a convertirse a su vez en una nueva religión, que ejercía de un modo renovado las mismas funciones de la antigua: funciones de engaño, de ilusionamiento y, por lo tanto, de administración de muerte, con este procedimiento, el de hacer creer en la Realidad.

Pero antes de seguir quiero que oigáis un momento a Lucrecio, tal como él dice en los primeros pasajes del libro primero, esta manera en que la Física viene a terminar con las religiones. Notad que, cuando se ensalza a Epicuro como el que ha venido a acabar con el monstruo de la Religión, se nos dice que es porque nos trae de allá, de su excursión por los ámbitos más alejados, más allá de las llameantes murallas del mundo, nos trae la Ley, la Regla de qué es lo que puede suceder y qué es lo que no puede: éste es el punto en que os quería hacer parar atención ahora: la Ciencia necesita una y otra vez esto, el descubrimiento de Leyes, leyes de las que han solido llamarse Naturales; no hace falta que aparezca la palabra 'causa', sobre la que después volveré, pero en todo caso tiene que haber Leyes que establecen límites, lo que puede ser y lo que no puede ser. Tal vez nos dé tiempo a ver cómo es que las Leyes que la Ciencia descubre, las Leyes Físicas o Naturales, son, de toda evidencia, secundarias, limitadas respecto a las leyes primeras, que son las Leyes Jurídicas, de forma que no podéis perder de vista que es la necesidad del orden social y de las leyes del derecho, la organización de la sociedad, lo que promueve como último fundamento el desarrollo de leyes tam-

bién naturales, causas, que han nacido a través de la culpa en el plano moral y social, causas físicas, leyes físicas.

Ésta es la fe de Lucrecio. Notad que mi actitud como editor, limpiando afanosamente el texto de Lucrecio, produciendo una edición latina que se aparta en más de quinientos sitios de todas las ediciones habituales y ofreciéndooos además una versión rítmica en castellano, es una actitud necesariamente ambigua y contradictoria: que estoy contra la Ciencia; estoy contra la Ciencia en cualquier forma que se produce; sin embargo hace muchos años que he elegido esta forma de presentación de la Ciencia, la de la Física epicúrea en los versos de Lucrecio, como la más adecuada para ejemplo, es decir, para atacar en ella lo que me parece válido para cualesquiera otras Físicas que después, o contemporáneamente ya con Aristóteles, se han desarrollado, no porque sea un caso especial, sino porque me parece un caso representativo. Tened en cuenta esta actitud ambigua, y ahora oíd el pasaje de Lucrecio, que dice así:

*Cuando a los ojos hundida en vileza la vida humana  
yacía por tierra del peso de la Religión abrumada,  
la cual de allá de los cielos la gran cabeza asomaba,  
colgando en horrenda visión sobre los mortales su carga,  
fue un hombre griego el primero que se atrevió cara a cara  
los ojos mortales a alzar y a hincar ante ella la planta;  
que a él ni rumores de dioses o rayos ni con amenazas  
del cielo el rugido arredró, sino tanto más denodada  
virtud le aguijó en el ánimo, a que las prietas cerrajas  
que puso a sus puertas natura el primero quebrar anhelara.  
Así que su vívido aliento venció, y allá vía larga  
fuera avanzó de las llameantes del mundo murallas  
y el todo inmenso lo fue recorriendo en mente y en alma;  
de donde de vuelta nos trae la ley de qué puede que nazca,  
qué es lo que no, cada cosa, en fin, potestad limitada  
por qué razón tiene en sí y en lo hondo hincada la valla.  
Conque la Religión, a su vez, a los pies derribada  
se ve patear, con el cielo su triunfo aquí nos iguala.*

Ésta es la exaltación de la Ciencia que, aunque parezca un poco inoportuno, querría que oyeráis después de mi versión en la propia voz de Lucrecio en su latín del siglo primero antes de Cristo:

*Humana ante oculos foede quom uita iaceret  
in terris obpressa graui sub religione,  
quae caput a caeli regionibus obstendebat  
horribili super adspectu mortalibus instans,  
primum Graius homo mortalis tollere contra  
est oculos ausus primusque obsistere contra;  
quem neque fama deum nec fulmina nec minitanti  
murmure compressit caelum, sed eo magis acrem  
irritat animi uirtutem, effringere ut arta*

*naturae primus portarum claustra cupiret. ...*

y lo demás... No quiero abusar de vuestra perplejidad prolongándola excesivamente. De manera que así es como suena en su voz. Vamos pues a pararnos en un par de cosas, y desde aquí ya os estoy volviendo a pedir interrupciones y voces que ayuden a plantear las cuestiones con toda la claridad posible.

Epicuro, según aparece en estos versos, se lanza sin miedo al rayo y a los dioses, y recorre el todo inmenso, *omne inmensum*. Aquí tenemos para la realidad la cuestión de infinito: infinito de veras, infinito no de veras, frente a 'todo'. Éste es el sitio donde la falsedad necesaria de la realidad se presenta de la manera más general y más clara. La realidad es falsa desde luego, ya lo sospechábamos por lo bajo. Cualquiera ya desde niño pequeño, desde que se la empezaron a enseñar, empezaron a imponerle esa fe, sospechaba que aquello había que aceptarlo, había que tragar, pero que no marchaba bien, que allí había algo que era de alguna manera absurdo o contradictorio. Pero una cosa es esta sospecha y otra es la razón que viene a darle razón a esto, que a veces es locura. Más de una vez me ha salido la representación de la función de la razón en marcha que aquí contrapongo a las ideas, a la Ciencia y a la fe, la labor de la razón en marcha como destinada a dar razón a la locura. Porque la locura, la locura de la normalidad de los niños muchas veces y la locura de los mayores que caen ya adultos en estos perdederos de la locura, es interesante, revela la falsedad de la realidad, pero es preciso que la razón, la clara razón, que para mí es lo mismo que el lenguaje normal y corriente, que se contrapone a todas las jergas científicas, filosóficas, religiosas, periodísticas, políticas, morales, de cualquier tipo, la razón común, el lenguaje común venga a darle razón. En ese sentido es como la razón habla en nombre de algo que andaba por abajo, muchas veces decimos en el corazón: la razón da razón al corazón.

Pues la falsedad de la Realidad se nos presenta de la manera más clara cuando se contrapone infinitud con todo; y esto no le pasa a la Física de Epicuro y la pretensión que Lucrecio le atribuye a su maestro de haber recorrido el todo inmenso, sino que le pasa a toda Ciencia, y a toda Teología, por supuesto, para fases anteriores del dominio. Tiene que pretender, la Realidad, ser todo; para decirlo en lenguaje corriente y más claro, tiene que pretender ser todo lo que hay, de forma que la Realidad no puede contentarse con ser real, con ser la Realidad, tiene que ser todo lo que hay. No sólo se nos impone la Realidad, sino que la Realidad es todo lo que hay y no hay más que la Realidad: todo lo que hay es realidad. Aquí viene la función del verbo que los teólogos inventaron en la Edad Media, que es el verbo 'existir'. Que, si en lugar de emplear lenguaje corriente, como estoy empleando, y decir "todo lo que hay", meto el verbo 'existir', entonces la Ciencia o la Teología ha triunfado, porque lo que existe, por supuesto, es la Realidad, y no existe más que lo que existe, la Realidad. Esto es cierto, pero es gracias a ese truco, que nos muestra cuánto importa no emplear nunca las jergas de los teólogos, científicos o filósofos, sino hablar el lenguaje corriente y moliente. Ahí, diciendo que la Ciencia tiene la pretensión, la Realidad misma tiene la pretensión de ser todo lo que hay, la falsedad se nos revela bien clara, porque es

evidente que, aparte de la Realidad, hay más, es decir que hay más que no es real, evidentemente, pero que evidentemente está aquí, lo hay: lo hay y no existe.

Si esto que os parece un juego de palabras, pero que es un juego de vida o muerte, no está bastante claro, haréis bien en decírmelo. Cómo es que hay más, pues lo podéis ver, si queremos acompañar a Epicuro en este viaje al que lo ha lanzado Lucrecio, su viaje hasta las llameantes murallas del universo y más allá: supongo que os daréis cuenta, porque llamo a lo que quede en vosotros, enterrado pero vivo todavía, de niño, del niño que por primera vez se asoma al cielo desierto de una noche de verano y que se pregunta precisamente por eso de las llameantes murallas del mundo, es decir, si efectivamente puede haber tales murallas o límite, o si por el contrario no puede haberlas porque siempre hay más allá: la angustia de un niño, que por otra parte se vuelve sobre su propia alma con motivo del pecado y de la culpa, por otro lado se manifiesta también con el cielo, ante el cielo, bajo el cielo, al descubrir que no puede quedarse ni con lo uno ni con lo otro, que tiene alguna necesidad de reconocer que hay algún límite, que hay algún modo de todo, pero que eso no puede ser, y que tiene que reconocer que hay siempre más allá, pero que ahí, si lo reconoce, se pierde él mismo, se pierde... se pierde en cuanto a la persona real que ya por aquel entonces se está formando en él, sobre él, a costa de lo otro que en él hubiera.

Es evidente que si 'realidad' es aquello de lo que se habla, hay, por lo pronto, lo que habla de ello, que, siendo evidente que está aquí, puesto que está hablando, no es ello, no pertenece a la realidad, porque es imposible que la realidad hable de sí misma: es una razón en marcha, el lenguaje vivo el que habla de la realidad. Es verdad que en el momento siguiente se le puede atrapar y ponerse a hablar del lenguaje, o a hablar de la razón, y entonces ya los has metido, entonces ya se ha vuelto real, pero, amigo, cuando estaba funcionando, cuando lo estaba diciendo, entonces estaba, lo había y no era real.

La realidad de las realidades, el *ens realissimum*, como decían los teólogos para Dios, Dios que fue un caso en que esta contradicción 'infinito y todo' se presentaba de una manera flagrante, la realidad de las realidades es el dinero, que es la forma de religión que hoy padecemos; es el ejemplo de todas las realidades: la pretensión es que todas las cosas, la pretensión, el ideal, es que todas las cosas queden reducidas a formas de dinero, que el dinero sea absolutamente la única realidad verdadera. Y entendemos bien este ideal: es el mismo ideal totalizador que estoy presentando respecto a la Física. Pero, por otra parte, por acá abajo seguimos más o menos en secreto regocijándonos y frotándonos las manos, porque sabemos que, aunque sea muy poquito o por casualidad o de vez en cuando, siempre hay algo que se escurre, algo que no es dinero, algo que sigue siendo de alguna manera bueno y desconocido, porque nada bueno es compatible con el dinero, por acá abajo reconocemos el dinero como la muerte de todas las cosas, de todas las sensaciones, los sentimientos, la vida y demás. Pues lo que digo del dinero podéis aplicarlo al planteamiento físico de la misma manera: es evidente que toda ciencia positiva, toda Ciencia de la Realidad, toda Física, tiene que creer que la Realidad es todo lo que hay. ¿Cómo es eso? Si no fuera así, si la Ciencia pudiera reconocer que hay, aparte de la Realidad, más que no es real, ni siquiera

podría creer en los elementos constitutivos de esa Realidad, ni siquiera podría creer en los átomos, por ejemplo, ni podría creer, más grave todavía, en las cosas determinadas, ni en las personas determinadas, en los individuos: porque, si el conjunto no está bien cerrado, está claro que la entidad de los elementos del conjunto tampoco está bien determinada, y si la Ciencia tiene que creer que se está ocupando de cosas reales, y sabiéndolas, analizándolas y comprendiéndolas, eso sólo puede hacerlo pensando que esas cosas forman parte de un conjunto, y por tanto necesita esta fe en el Todo.

Al mismo tiempo, ya os he mostrado que eso no es verdad, y ésta es la contraposición más clara entre 'realidad' y 'verdad'. Eso no es verdad. Os he hecho asomar, apelando a vuestro niño remoto, a la infinitud del cielo, pero igual podéis tirar por el otro lado, mirar hacia dentro, preguntar quién soy yo, quién soy yo. Y entonces descubriréis que, bueno, yo por un lado soy una cosa real, una persona real, la que dice mi documento de identidad, que por lo tanto se sabe, se habla de mí, yo desde pequeñito, puesto que los otros me llamaban con mi nombre, aprendí a llamarme con mi nombre también, qué remedio me quedaba, y aceptar que yo era Tinín o después don Agustinito o cualquier cosa. Esto es normal; pero después queda la evidencia de que eso no es todo: eso es simplemente lo real de mi persona, pero eso no es todo. Eso no es todo, y, por tanto, puedo decir que por debajo de esa realidad estoy yo de veras. Yo es algo que el lenguaje común dice por medio de este índice que ninguna lengua puede menos de tener en el centro de su gramática, el índice yo-me-mí-conmigo, evidentemente estoy aquí, pero real, real como Don Agustín, eso no puedo serlo; real no soy: ésa es otra evidencia de la necesaria falsedad de la constitución de la realidad. Yo estoy presente cada vez que se habla, siempre que alguien o algo habla, acerca de lo que se puede hablar, acerca de la realidad, incluida la mía, pero no soy real, no existo.

Y, haciendo un paréntesis político, lo mismo que antes os decía que el régimen supremo que hoy padecemos tiene que fundarse en la idiocia o en la fe del individuo en sí mismo, que cree que sabe quién es y adónde va y qué es lo que quiere, qué es lo que compra y qué es lo que vota (no le queda otro remedio), de la misma manera puedo decir: sí, las poblaciones son un conjunto contable en número de almas, asequible a ese juego de la mayoría que luego se hace pasar por todo; pero eso no es todo: siempre queda algo más puesto que también en cada persona quedaba algo más; y a eso es a lo que aludimos cuando decimos 'gente' incontable, sin número de almas, 'pueblo', 'común': cuando decimos 'común' es lo contrario de 'total', 'solidario' o cualquiera de las otras cosas que os hacen pasar como si fueran del mismo orden. 'Común' es negativo, quiere decir no real, no encerrado en la realidad de las personas y de sus conjuntos.

Para qué os voy a dar más ejemplos: volviéndose otra vez también hacia dentro, evoco a vuestro niño: ahora vuestro niño es aquél que, cuando le están enseñando quién es, se encuentra delante de un espejo y se ve obligado a reconocerse en aquellos ricitos, aquel cuellecito de la camisa que le ha hecho su madre o le ha bordado su tía, y en aquellas manos, en aquellos dientes que se le han caído y le están volviendo a salir tal vez, y hace un esfuerzo por reconocerse y

hay algo que evidentemente no es su persona, hay algo por lo bajo que frente al espejo dice "Pero yo no soy ése", y ése es también el mismo niño y el que sigue viviendo por debajo de cada uno de nosotros, y es el que hace precisamente pueblo, gente, común, que no sea mera mayoría de individuos reales.

No hace falta más, creo, para mostraros la evidencia de lo que hay y que no es real, que no pertenece a la realidad. Por tanto, como por otra parte la Realidad y su Ciencia tiene que pretender que es todo lo que hay, esto declara la falsedad necesaria de la Realidad. No puede haber más que una realidad, ésta que padecemos, y ésa por fuerza tiene que ser falsa, no tiene otra manera de ser más que la de la falsificación. Esto es lo que estoy diciendo contra la Física de Epicuro y su Lucrecio; pero no olvidéis que lo estoy diciendo apoyándome en este querido ejemplo precisamente contra todas las ciencias y religiones, de las que ésta presenta la imagen más clara. A lo mejor en una Física al día no es frecuente decir con tanta franqueza "el todo infinito, la infinitud total", como se dice en estos versos, pero en fórmulas matemáticas, que es la manera que la Física ha elegido como medio de formulación favorito, se dice eso mismo, es decir, se incluye dentro de alguna forma de totalidad la infinitud: de esa manera se la domestica y asimila. Es, ha sido esencial para el progreso de la Ciencia esta adopción del lenguaje matemático, que desde ese momento dejaba de ser lo que era, un juego, para convertirse en un desarrollo de formas diversas y cada vez más sofisticadas de infinito incluíble, por ejemplo en el fundamento mismo de las matemáticas desarrolladas a finales del siglo pasado, con la teoría de conjuntos, que no está para otra cosa que para eso, para presentar la noción de 'conjunto infinito' como si fuera algo posible y no contradictorio, que si no, si no fuera para eso, la noción de 'conjunto' no habría hecho ni falta, es para eso para lo que la teoría fundamentadora de las matemáticas tenía que hacer creer igualmente en un conjunto de uno, otro absurdo que es correlativo y complementario del de los conjuntos infinitos: está claro que es contra el sentido común, y sentido común es la razón común que trato que hable por mi boca: un conjunto de uno es un absurdo. Los números se habían desarrollado primero para hacer que dos, siendo distintos, fueran el mismo los dos y, por tanto, pudieran ser dos y luego tres y luego la serie de los números, pero 'uno' es ya la declaración del absurdo. De manera que este truco de pensar en un conjunto <de> uno tiene mucho que ver con esa duplicidad de la fe reinante, que, al mismo tiempo que nos tiene que hacer creer en la totalidad de la realidad, en la que incluso la infinitud está incluída, tiene que hacernos creer en el uno, en sentido social, en el sentido personal: lo uno no puede hacerse sin sostener a lo otro. No hace falta que la teoría se perfeccionara llegando a la creación fundamental de 'conjunto vacío' que, como tal vez alguno de vosotros haya llegado a asomarse a ver, no consistía más que en el conjunto de aquello que es A y no es A, es decir, era la inclusión de la contradicción de la manera más declarada. Un verdadero cero sólo podía conseguirse así: aquello que es A y no es A al mismo tiempo es el fundamento del conjunto vacío, sin el cual tampoco habría podido seguir la operación que os describo.

De paso os hago aquí saltar de la matemática, de la matemática al servicio de la Ciencia, a lo otro, a la sociología: os desanimo de que os pongáis a buscar algún remedio a la situación que os estoy presentando pensando en la nada, en



alguna forma de nihilismo: eso no lleva a ninguna parte, porque la nada es lo mismo que el todo, es una forma de domesticación y evidentemente sería tan absurdo como sumiso el deducir que es que entonces la realidad no es nada, o como se decía en el verso temprano de Antonio Machado,

*El hombre es por natura la bestia paradójica,  
un animal absurdo que necesita lógica:  
hizo de nada un mundo y, su obra terminada,  
"ya estoy en el secreto", se dijo: "todo es nada".*

Ese mismo absurdo es contra el que quiero preveniros, nada más que de pasada, porque quiero que hablemos de alguna cosa más: la nada no nos lleva a ninguna parte, de manera que, si no sabéis por dónde ir, según me estáis oyendo, pues dejaros no saber ir por donde no tengáis que saber por dónde vais, pero no os busquéis el refugio en alguna forma de nihilismo, que vendría a hacer lo mismo que la Ciencia desde el otro lado. Me importa pararme nada más ahora en alguno de los procedimientos o artilugios fundamentales de esta Física que después no ha hecho sino perfeccionarse en las posteriores.

Como sabéis por las Historias de la Ciencia o de la Filosofía, a esta Física se la llama atomística, esto es un atomismo, y la de Epicuro es un perfeccionamiento de la de Demócrito y bueno, ya sabéis, todas estas cosas que os cuentan en los libros de texto para que no os deis cuenta de lo que está pasando y os creáis que todo es Historia y que no os toca en la vida y todas esas cosas. Pero efectivamente, como la Realidad necesita explicación, como os dije al principio, tiene que sostenerse, para Epicuro y Lucrecio es claro que el sostén no puede estar en la realidad misma; esto es de cajón: la explicación de la Realidad no puede ser a su vez real, el fundamento de la Realidad no puede ser real, y la explicación ha de consistir en algo que esté fuera de la Realidad: en el caso de esta física, de la manera más simple, se trata, sin más, de los elementos mínimos, los átomos, que son lo único inmortal, lo único indestructible, que con ello ya revela cómo es de ajeno a la realidad, y luego lo que se deduce, ya racionalmente, de la propia presencia de los átomos, que es el lugar por donde los átomos: el lugar por donde mejor que en donde, puesto que un átomo, como se comprende fácilmente, nunca puede estar quieto, de manera que es mejor decir el lugar por donde los átomos se mueven a una velocidad, por cierto, también, en cierto sentido, irreal, a velocidad insuperable. Es la misma velocidad que también tienen las imágenes que de las cosas están brotando costantemente y que nos vienen a herir los ojos, y a hacernos verlas, y éstas también se mueven a la misma velocidad atómica, a una velocidad *anhypérbleton*, como dice Epicuro: insuperable; dicho un poco más a la moderna, velocidad límite o límite de velocidad.

Con esto ya está todo hecho. Ya la realidad está, en lo esencial, justificada, gracias a estos seres que son subreales, que no están en la realidad. Sólo hace falta que los átomos, que incluyen también la infinitud en forma de número, que son innumerables, de la misma manera que el vacío es inmenso, sin medida alguna, sólo falta que puedan chocar unos con otros. Porque en cuanto empiezan a chocar unos con otros, pues ya está la realidad, ya entonces se pueden formar,

gracias al choque, y a los rebotes del choque, conglomerados de átomos más o menos espesos, que den como producto cosas (ya estoy hablando de realidad) más o menos duras según la cantidad del vacío que les quede dentro, entre átomo y átomo, y según por tanto lo estrecho de los rebotes en que el conglomerado atómico se produzca como vibración.

Y ya están ahí todas las cosas, todas, incluídos el *animus* y el *anima*, que son también estructuras atómicas sumamente ligeras y con átomos dotados de movimientos especialmente lábiles o fluídos; pero ya comprendéis cómo toda la realidad se puede explicar a partir de ahí sin más.

Había un momento, y esto va a dar lugar a mi segunda y última lectura de Lucrecio, en que era de temer que los átomos por algún motivo no pudieran chocar uno con otro y por tanto perdieran su valor explicativo, y por tanto la realidad se quedara sin explicación. Se trataba de evitar esto; y esto es una cosa que, por lo que podemos leer, al propio Epicuro no se le había ocurrido planteárselo con tanta claridad, pero que en Lucrecio sí que aparece de una manera clara: es el momento en que el capricho, por así decir, la *contraley*, el azar si queréis, pero eso es un término más peligroso, viene a quedar incluído entre las leyes que hemos visto que eran necesarias para el establecimiento de la Ciencia. Es allí donde en los comienzos del libro II nos dice Lucrecio:

*Algo en esta cuestión también que entiendas anhelo,  
que, cuando los átomos van el vacío abajo derechos  
del propio su peso llevados, en tiempo a veces incierto,  
incierto lugar, se tuercen un poco del derrotero,  
tanto no más que se pueda decir que mudó el movimiento.  
Que si jamás desviarse solieran, tal todos ellos  
cual gotas de lluvia cayeran por el vacío desierto,  
ni a los primordios jamás les habría choque ni encuentro  
surgido: así nada nunca Natura habría compuesto.*

*Que, si uno quizá supone que pueden, al ir elementos  
de peso mayor más aprisa por el vacío derecho,  
de arriba caer sobre menos pesados, y choques y encuentros  
así producir, que pueden obrar genitral movimiento,  
muy desviado se encuentra del cálculo verdadero:  
pues, cuanto va por el agua y el ralo aire cayendo,  
eso es ley que el caer a razón acelere del peso,  
por cuanto la harnaz del agua y del aire el cuerpo ligero  
no a toda cosa el empuje le pueden igual detenerlo,  
sino vencidos ceder a la más pesada más presto;  
ah, pero a cosa ninguna de parte alguna ni a tiempo  
ninguno el vano vacío pararle puede el intento  
sin que, según lo que pide su ser, siga siempre cediendo;  
dado lo cual, todo debe por el vacío quiëto  
igual de aprisa moverse sin ser iguales los pesos.  
Nunca, pues, de lo alto podrán sobre más ligeros*

*más pesados caer ni crear por sí con encuentros  
la varia moción por donde Natura rija su reino.*

*Conque, una vez más, que un poco desvíen los cuerpos primeros  
es necesario. Y no más que lo mínimo, no movimientos  
al sesgo parezca que quiero trazar y lo nieguen los hechos:  
pues esto a la mano está y bien claro se ve, que los pesos,  
cuanto por ellos es, andar no pueden al sesgo,  
de arriba a plomo a caer, en lo que puedas tú verlo;  
pero que nada en nada del fiel de su derrotero  
de sí se desvíe ello mismo ¿quién hay que pueda ver eso?*

*II, vv.216-250*

Ésta es la manera de presentación de la necesidad de un desvío, alteración, capricho inmotivado, que sin embargo se quiere hacer entrar dentro de las leyes que rigen la realidad, porque, si no, los átomos no chocarían y no habría realidad que explicar. Como ya es la última vez que vais a oír por ahora a Lucrecio hablando en su lengua, os voy a leer los primeros versos también en los que cuenta esto; espero que alguno de vosotros, sepan latín o no lo sepan, eso es peccata minuta, pues se sientan animados después a intentar leer por su cuenta y oír cómo siguen sonando estas razones en verso:

*Illud in his quoque te rebus cognoscere auemus,  
corpora, quom deorsus rectum per inane feruntur  
ponderibus propriis, incerto tempore ferme  
incertisque locis spatio depellere paulum,  
tantum quod momen mutatum dicere possis.  
Quod nisi declinare solerent, omnia deorsus  
imbris uti guttae caderent per inane profundum,  
nec foret offensus natus nec plaga creata  
principiis: ita nil umquam natura creasset.*

Es el comienzo del pasaje que habéis oído, y voy a pasar a terminar esta presentación, ambigua y contradictoria, que la razón tratando de hablar por mi boca hace de la Física de Epicuro y su Lucrecio. Insisto en la condición de que la explicación que la Física requiere para la realidad, consista en seres no propiamente reales, en seres a los que provisionalmente he llamado subreales. A muchos de vosotros, especialmente los que habéis estudiado algo de la Física que actualmente se usa, les parecerá que estas imagerías de la Física primitiva, pues están pasadas, superadas, cosas así. Mi intento es haceros ver que nada de eso, que los perfeccionamientos han sido, sí, sucesivas huídas de las contradicciones, complicación y mejora en los medios de formular, sobre todo con la adopción de la matemática como lenguaje, pero nada más: los problemas siguen estando ahí los mismos.

Es verdad que desde los renacimientos para acá los átomos han corrido la suerte que todos sabéis, han tenido mucho éxito, y especialmente desde Newton

y Leibniz para acá nos parece que son de la familia, son cosas de nuestra casa. Éste es el punto: son, precisamente, cosas, se han hecho cosas, es decir, han quedado incluidos en la realidad a través de la Ciencia y de su enseñanza, pero, si era preciso que los átomos, lo mismo que su lugar o vacío, fueran subreales y ahora se han venido a hacer reales, son cosas de las que hablan no ya los libros de ciencia, sino hasta la gente por la calle, ¿cómo pueden seguir sirviendo para eso?: ya no pueden servir. La Física necesita que lo que explica la realidad no sea real. Esto es lo que ha hecho que el átomo, especialmente en los últimos tiempos, haya tenido que, por lo menos de nombre, con el viejo nombre *átomos*, desdecirse de su esencia, y desdecirse sobre todo desintegrándose (ahora supongo que entendéis en qué consiste la desintegración del átomo), de tal forma que el nombre con su valor originario de 'indivisible' quede en todo caso reservado a otras formas de partícula elementales, que después de todo no han dejado de correr de diversas maneras la misma suerte hasta llegar al primer tercio de nuestro siglo, que es cuando había físicos que todavía se planteaban estas cosas; porque desde entonces para acá, perded cuidado, que ninguno de los grandes físicos a los que en estos 50 años se les ha dado por ejemplo el premio Nobel se habrá planteado jamás las cuestiones que os estoy planteando aquí; ni mucho menos: ellos tienen otras cositas que hacer, dentro de la Realidad. Es lo que hacía que se llegara en último término a la cuestión del enfrentamiento masa/energía y por tanto, dicho de otra manera, a la concepción como propiamente corpúsculo todavía, o su disolución en una forma energética vibratoria, en onda y todo eso; eso era en tiempos ya muy viejos, Schroedinger, Heisenberg, gente de ésa; ya digo que, de entonces para acá, a los físicos estas cosas no parecen interesarles mucho.

No parece interesarles, naturalmente, porque se confía en que la vulgarización de la Física ya cumple su función mortal, su función mortífera para la razón de una manera suficiente y que por tanto no es probable que suceda lo que aquí pretendo que esté sucediendo, es decir, que vuelvan a ponerse en vivo estas cuestiones y que vuelva de alguna manera a abrirse la herida. En esto se confía, pero aquí esta tarde, por ejemplo, pues estamos intentando palpar a ver si es tan seguro que no puede la razón otra vez volver a descubrir la falsedad de la Realidad, que es lo que estamos haciendo. El átomo no podía desintegrarse, por la misma razón que no podía verse, porque tenía que ser no real. Por eso en los prolegómenos de esta edición encontraréis un verso lucreciano que Lucrecio nunca escribió, que he tenido que escribirlo yo por mi cuenta, para completar la labor, y que dice:

*indivisibiles idem atque invisibiles sunt,*

es decir, *son los indivisibles los mismos que los invisibles*. Esto es una condición del átomo y es con la relación entre otros aspectos del átomo con lo que voy a terminar esta presentación.

La necesidad para el sostenimiento de la falsedad de la Realidad es que los explicadores, lo explicativo, esté por debajo de la realidad, para que sea fundante, para que pueda sostenerla. Por tanto, esto implica la condición de que el átomo, el de verdad, la partícula elemental que sea, sea un ente de verdad indivisible, inanalizable, indivisible del todo, perfectamente inasequible a la división. Porque,

si se nos dice que las cosas de la Realidad están compuestas de átomos o de las partículas que sea y que por eso se las puede dividir y analizar, entonces ¿cómo vamos a consentir que al átomo le pase eso mismo y que al mismo tiempo pretenda seguir explicando las cosas? No puede hacerlo: se habría convertido él en una cosa; que es lo que históricamente le ha pasado. No puede dividirse: ésa es una condición elemental, y por tanto, lo que en el verso dice, eso es lo mismo que decir que no puede verse. No se le puede ver ni con microscopio electrónico ni con nada, simplemente, no se le puede ver; porque, si se le ve, igualmente se le ha hecho pertenecer a la realidad, por tanto se le ha hecho perder su virtud explicadora de la realidad; de forma que, cuando en vulgarización de la Ciencia los científicos dejan que se os cuente que los átomos se ven, o que incluso se ven... pues qué sé yo, por menos de nada hasta los electrones, cualquier día, o cosas por el estilo, pues os están engañando de una manera demasiado descarada, confiando en que la labor mortífera que se ha practicado sobre vosotros, en cuanto a reafirmar la fe en la realidad, sea lo bastante eficaz para que no os deis cuenta de lo que se os está haciendo cuando se os dicen esas cosas. La realidad necesita como fundamento entes, seres que no se puedan ver: solamente así se pueden conseguir con ellos cosas que se ven, y 'se ven' quiere decir 'se idean', son objeto de una ideación, tienen su nombre separado, y tienen su nombre separado con buen motivo: eso es lo que las ha constituido precisamente como cosas, y como cosas determinadas, otro aspecto de la cuestión en el que ya no puedo entrar.

Termino, frente a esta necesidad de la Física, que lleva a los invisibles, que son los mismos que los indivisibles, a estos entes subreales, contrastándolo con lo que al principio os dije, no hablando ya de Ciencia sino hablando directamente, cuando apelaba a vuestro niño, tanto asomándose al cielo desierto como enfrentándose con su espejo: allí, a lo que nos encontrábamos abocados era a una pérdida en un algo que evidentemente está ahí, que es inmediato y que no es real, lo mismo si es el sinfín que si es el lenguaje mismo, que si soy yo, en la medida que yo no soy nadie. Y éstos no son entes, éstos no se parecen a los átomos ni al vacío, por supuesto, ya os he hablado contra ello: simplemente se salen de la Realidad: es aquello en lo que la realidad se pierde en el sinfín, como se está perdiendo ahora mismo toda la realidad, como una especie de isla de ilusión, como una especie de isla de ilusión todo el universo, que está deshaciéndose constantemente, disolviéndose en la verdad, en la verdad de que hay siempre más allá, que hay sinfín.

Esto a la Ciencia no le sirve, ni le sirve tampoco a lo otro, que es mostrar que ese perdedero es el mismo que a mí me amenaza. Si me doy cuenta de eso, me doy cuenta de que yo no soy de verdad el que dice mi documento de identidad: empiezo igualmente a perderme en yo, en el común, en el cualquiera, en lo que no es nadie real; y las dos perdiciones son en cierto modo la misma, la del elemento y la del conjunto de los elementos. Eso es la verdad, y eso es lo que a la Ciencia no le sirve para nada. Y por tanto, los átomos y el vacío son como una domesticación de esta evidencia, pero domesticada para que pueda servir para el sostenimiento de la fe, y el sostenimiento de la realidad.

Aquí me paro, y si hay tiempo y tenéis ganas, pues seguimos hablando de cuestiones más o menos atañentes a todo esto; así que supongo que sí ¿no? A ver.

1ª palabra:

–Bueno, a ver qué se le ocurre a la razón y al lenguaje común. De todas maneras, es curioso cómo acabamos medio platonizando: porque claro, si la verdad está más allá de la realidad, pues a mí se me ocurriría...

Agustín:

–No, no. A ver: la realidad son ideas, las cosas son ideas.

1ª palabra:

–Eso es una manera de hablar; pero ni son átomos, sin son vacío, ni es espacio donde se mueven...

Agustín:

–Son mucho más reales que los átomos: las ideas son simplemente los significados de las palabras y la realidad está constituida así. Platón le daba mucha importancia a la idea de ‘rosa’: es una cosa mucho más elemental: es que evidentemente rosas reales no puede haber sin la idea de ‘rosa’, porque puede haber lo que quiera, y a lo mejor oler o picarme, pero, vamos, para que sea rosa, es de toda evidencia, la idea es lo primero: la realidad es ideal. De todos modos, has hecho muy bien, porque ésa es una de las desviaciones que yo debía haber prevenido. Hay que recordar que la realidad es ideal, ideal necesariamente.

2ª palabra:

–A ver, como síntesis, por ejemplo, un ejemplo: la democracia en la *pólis* griega; en el momento en que aparece la democracia, parece ser, o lo primero que nos asalta es decir “Bueno, pues ya está: el *dêmos* pasa al poder”, pero es que resulta que la democracia resulta que no coge todo el *dêmos*. Es decir, el éxito primero de la democracia implica el fracaso posterior, ya que no está todo dentro. ¿Es ésa la idea que nos ha espuesto de alguna manera?

A: –Bueno, no hay que olvidar que la democracia, sí, yo he dicho que es el régimen más perfecto y más mortífero para el pueblo: la democracia es propiamente la muerte del pueblo. Pero, si atendemos a la historia, como nos invitas a hacer, hay que reconocer el progreso y el perfeccionamiento: es decir, la de Atenas en el siglo quinto era una democracia que excluía muy descaradamente a las mujeres, a los niños y muchachos antes de la edad militar, a los forasteros incluso establecidos largo tiempo... Bueno, la verdad es que se quedaba con muy pocos, con los señores: era una democracia muy relativa. Hemos progresado desde que se volvieron a reimplantar democracias en el mundo progresado: lo primero, a las mujeres se las ha cogido para dentro enseguida; eso era lo más peligroso de todo, coger a las mujeres, convertirlas en hombre; porque si las mujeres hubieran seguido sin ser hombre, que <qué?> es lo que podría haber pasado, eso es una amenaza que está ahí siempre latente. Porque la Historia empieza con el sometimiento y venta de las mujeres, como se sabe. De manera que lo primero era que votaran también. Y después otros perfeccionamientos: la facilidad para la adqui-

sición de nacionalidad y derecho al voto, el rebajamiento de la edad de los votantes, que no sé hasta qué punto llega ahora. De manera que se ha hecho mucho, y tal vez no es tan importante fijarse en estas imperfecciones de la democracia, sino en ese aspecto más matemático: se trata de conseguir una mayoría, más o menos ajustada en cuanto a cifras, pero una mayoría; y que con ésta se pueda pegar el paso al límite de hacerla pasar por todo. Ése es el truco esencial. Y desde luego, en ese sentido, si el pueblo quiere decir algo no real, sino que está aquí, la democracia es la muerte del pueblo mucho más perfecta que cualesquiera otros regímenes anteriores. Por algo es el que padecemos aquí ahora, porque es el más perfecto.

Palabra 3ª:

–Yo quería plantear dos cuestiones: la primera de ellas es en relación a lo de la infinitud, cuando dices que hay más allá (de la realidad, se supone), cómo de hecho todas las religiones y sobre todo la nuestra, la verdadera, parece que han existido siempre en una domesticación de más allá poniéndole “el”, el más allá. Y no solamente eso, sino crear toda suerte de fantasmagorías o de iconografía de ese más allá con la invención del cielo, del infierno, de las historias de ultratumba y tal. Quiero que esplicas un poco cómo se ha producido esa domesticación, que no es por casualidad puramente religiosa.

A.: –Sí, has hecho bien en mencionarla: junto a la introducción del infinito, en la que me he detenido sobre todo, está efectivamente este otro truco que Isabel recuerda, la introducción de “más allá”, “hay siempre más allá”, convirtiéndolo en un sustantivo. En español tenemos este truco del artículo, que es bastante revelador: cuando la realidad en su progresiva falsificación quiere meter algo dentro, algo de lo que andaba por fuera, pues lo convierte en un sustantivo; es normal, y así entonces surge el infinito o la infinitud, así surge la nada y el todo, así surge el yo. El yo, que, en vez de ser yo, es todo lo contrario; ése es el gran truco de los filósofos en el que después también el psicoanálisis cayó en parte: porque el yo no soy yo. Cualquier forma de negación se asimila por ese procedimiento, y entre otras el más allá, que las religiones más imperfectas usaban, pero que la actual sigue usando; porque no os creáis que os habéis librado de la gloria eterna y de los infiernos: no os habéis librado: simplemente han cambiado de cara, pero siguen estando ahí, son los mismos; es decir, que la creencia en la gloria eterna consiste en el futuro de la Humanidad ahora, claro, como ya no está de moda el llamar a Dios Dios, sino que es mejor llamarlo el Hombre, como hace la Banca, pues la cosa cambia del mismo modo: el futuro de la humanidad, el sitio adonde vamos, de eso no nos hemos librado. Y si eso se presenta sonrosado, pues es la gloria, y si se presenta apocalíptico y negro, pues es el infierno. Es lo mismo, y de esa promesa y amenaza no hay quien se libre.

Palabra 3ª:

–Y una segunda cuestión, que es que todavía no he terminado. La cuestión del dinero, que planteabas al principio. Cuando dices que, para hablar de la realidad, el dinero son todas las cosas, pero por otra parte realidad es aquello de lo que se habla, es decir, también lenguaje (la operación del lenguaje es precisamente la de la fabricación o construcción del mundo, de las cosas), entonces a mí se me pre-

senta ahí una contradicción, y es que efectivamente, aunque el lenguaje sea disolutor del mundo, de las murallas del mundo y todo eso, en primera instancia y sobre todo lo que hace es también fundar una realidad, como el dinero; de tal manera que si hay relación de necesidad entre los monos parlantes y el manejo del dinero, si es necesario que el manejo del dinero sea por alguien que habla.

A.: –Sí, evidentemente... de eso no cabe duda. Pero eso es decir poco: porque sin esta operación del hablar ninguna forma de realidad tendría sentido, por tanto, la más perfecta, que es el dinero, tampoco. Lo que pasa es que seguramente lo que te llama la atención es que hay una relación de paralelo entre la acuñación de los términos (que ya la palabra lo dice, porque ‘acuñación’ es algo que surgió para la moneda), la acuñación de los términos y el mercado, el mercado de las palabras y las ideas. Los ingleses, más bien los norteamericanos, dicen ahora muchas veces, cuando quieren ponerse de acuerdo con uno: “esa teoría se la compro a usted”; la cosa es de lo más descarado. Lo importante es que el lenguaje, efectivamente, según antes decíamos a propósito de lo que sacaba Alegre sobre las ideas, constituye la realidad: sin significados no hay realidad.

Pero ésa es la parte más superficial del lenguaje: después está por debajo toda la maquinaria, donde está eso de yo y, en fin, toda la razón en marcha, que a lo que se dedica es a deshacer lo que ha hecho, a mostrar la falsedad de la realidad.

Palabra 4ª:

–La función de la Filosofía en esta realidad fisicocuántica, ¿ha de ser la de dudar de todo sistema que se imponga o de ofrecer un sistema alternativo?

A.: –¿Has dicho de dudar? Bueno, de poner en duda el sistema reinante. Yo no he hablado siquiera de la Filosofía más que para equipararla con la Ciencia. si la Ciencia es la única religión verdadera que hoy padecemos, con más razón es la única filosofía. Esta palabra está anticuada, aunque desde luego en los planes de estudio se sigue usando. Pero evidentemente fisosofía-filosofía es la Física y las ciencias que se agrupan a su alrededor para complementarla. Y luego, el término anticuado ha quedado para algunos, como supongo que tú mismo, y como varios de los presentes que se dedican a estudiar eso de filosofía, con la pretensión evidente de que no sea lo mismo que la Ciencia, ni sea lo mismo que la Religión, pero que no hace más que pegar bandazos entre lo uno y lo otro. En fin, si me pongo un poco duro, tendré que decir que el resultado en general es que la filosofía queda reducida a un ítem de los planes de estudio y luego a literatura de señores que en lugar de hacer otra literatura hacen literatura filosófica. Yo invitaría siempre a abandonar al enemigo los nombres que él ya ha poseído lo bastante. Prefiero decir las cosas en forma de razón, razón común, el dejarse hablar, la lengua corriente frente a las jergas, y ésta, desde luego, no puede hacer más que lo que aquí estoy pidiendo que haga, el poner en duda, como tú dices, es decir, desmentir la realidad. No puede haber ninguna otra cosa. Y si se dedica a hacer lo segundo que sugerías, es decir, a estudiar otros sistemas que ya se han establecido, es pues, yo creo, para hacer algo parecido a lo que yo acabo de hacer con el pobre Epicuro y su Lucrecio, es decir, para demostrar cómo ejemplarmente esos intentos de sostener el mundo fallaban por acá o por allá, con una función crítica, que no sé si es tan necesaria. Desde luego, lo primero es no ascribirse a



un sistema y ni siquiera ascribirse a los nombres, como al propio de Filosofía, que ya la realidad ha usado mucho, ha realificado demasiado. Frente a ello está esa táctica que a veces digo, dejarse hablar: confiar en que la razón común puede seguir hablando, y por tanto, desde luego, desmontando la realidad.

Palabra 2ª:

–Si volvemos a mirar históricamente desde el Renacimiento, con Copérnico y tal, y empezamos a hacer la andadura hasta la Ilustración, pues vemos nacer una nueva religión también y sobre todo en el siglo XVIII es evidente que la fe en esas nuevas religiones es patente. Los autores confirman esa fe en esa gloria futura que es el progreso. Nos trae a este... aquí diem “desencís” [algo como “desencantamiento”], a esta fractura de ese futuro prometido que no vemos terminar de llegar.

A.: –Sí, y lo primero que hacen es mostrar ese orgullo que hemos visto también en Lucrecio, es decir, la pretensión de que viene a acabar con las tinieblas: es la iluminación. No es lugar ya hoy (eso daría lugar a otra charla) para hablar de la iluminación por parte de filósofos y después científicos; pero no olvidéis que, cuando, después de hundirse el imperio romano, y de llegar el mundo de la cultura y de las letras a un mínimo, a haber apenas algún monje que otro que sabía leer, esas tinieblas, como luego decimos nosotros, empiezan a iluminarse desde la escritura, es que entonces, gracias a la copia ininteligente de algunos monjes (ésta es la suerte del *De Rerum Natura*, que algunos monjes que no entendían nada de lo que decía se molestaron en copiar caligráficamente, por los siglos IX, cuando todavía apenas empezaban los renacimientos) y de ahí, a través de las letras, empieza la iluminación, y a partir de eso vienen los renacimientos sucesivos y luego las sucesivas iluminaciones hasta la de la Revolución francesa, cada una de las cuales viene a repetir el mismo esquema, y un humanista, ¿qué otra cosa podía decir sino que, desde el momento en que había podido volver a entender el latín de Cicerón, desde ese momento había encontrado la luz?: las tinieblas quedaban disipadas, volvía otra vez la cultura; y esa pretensión de la razón es la que he estado denunciando, pero, vamos, no privándola de su realidad histórica, porque es así como se nos ha presentado, gracias a esa pretensión. Pero me importaba insistir en que, si uno considera que las letras son en algún sentido el depósito y la fijación del lenguaje verdadero, pero, por eso mismo, su muerte, es muy curioso que toda la Europa moderna haya vivido esta aventura, donde la pretensión de iluminación del mundo viene precisamente a través de las letras, a través de que vuelve a entenderse algo de lo que estaba escrito en latín y después en griego, después de algunos siglos de una situación de casi iletrados. Claro, al pueblo esto de que la iluminación venga por las letras, pues normalmente debe resultarle algo sospechoso, porque uno sospecha que de arriba nunca viene nada bueno, y las letras son de arriba; el lenguaje no, el lenguaje es de acá abajo, de cualquiera, nadie lo conoce, nadie lo controla, es gratuito; pero la cultura, las letras, amigo, eso siempre ha sido de los señores y de los sacerdotes, siempre ha venido desde arriba. De manera que ya este destino de la Europa moderna, pues invita un poco a la desconfianza: ¿qué iluminación del mundo puede ser ésa, que consiste en que se vuelve a entender, se vuelve a poder leer latín, que vuelven otra vez a poder leer más o menos, y progresivamente más porción de las poblaciones vuelve a ser letrada, así como alfabetizada? Así es como se ha inventado todo esto de Eu-

ropa y su progreso. Es un caso ejemplar; poco importante, porque si toda la Historia, unos diez mil añitos, son poca cosa, pues con mucha más razón estos últimos diez siglos, desde que empezaron los renacimientos hasta ahora.

Palabra 5ª:

–¿Podrías hacer un comentario de la relación entre la nada y la experiencia poética? Puesto que algunos poetas han dicho que su poesía nacía de la nada.

A.: –¿Que han dicho qué? ¡Ah! No recordaba yo ninguna formulación así, pero sí, es muy posible, tú lo has encontrado en alguno de ellos ¿no? Sin duda, sí: es una equivocación: es que los poetas se equivocan, porque en lugar de dejar al lenguaje que hable y que diga o cante lo que pueda, pues emplean jerga; a pesar de todo, se cree que inocentemente se pueden coger términos cultos y términos de la cultura; y la nada, con su artículo, es un término filosófico, culto. Eso no se da en el lenguaje corriente. ‘Nada’ es del lenguaje corriente, claro; pero ‘la nada’, señores, la nada no. De manera que quien dice esas cosas está poniéndose a creer en una cosa que he denunciado. Probablemente, quien eso dijera, en poesía, de lo que partía en verdad es de eso que he contrapuesto a la realidad (que pretende ser toda o nada, que da lo mismo), que es lo sin fin, lo indefinido, lo desconocido. Y en ese sentido sería perfectamente razonable si dijera que una nota sola de canto, de poesía de verdad, nace de abajo, desde lo desconocido; sería perfectamente razonable. Es una equivocación relativamente superficial, pero que estropea, porque una cosa es decir “eso nace de lo desconocido” en mí, en primer lugar, no de mí como poeta, sino de algo que está por debajo de mi control y de mi voluntad, y luego “nace de lo desconocido en general”, de esta evidencia de que aparte de la realidad hay siempre más allá. Eso se puede decir en lenguaje corriente; pero claro, si ya se empieza a decir que mi experiencia, que esta poesía nace de la experiencia de la nada, si es que has citado literalmente, y metes terminachos como ‘la nada’ y como ‘experiencia’, pues la virtud de aquello que se decía queda muy comprometida. Perdona que añada un paréntesis respecto a poesía, aunque ya esta mañana hemos estado hablando: no puede una poesía de verdad emplear términos de las jergas impunemente, eso siempre cuesta mucho; lo mismo que los rebeldes del pueblo un pueden emplear, ni siquiera para hacer carteles por las paredes, no pueden emplear los términos consagrados por la prensa y por el poder; eso cuesta demasiado: eso es renunciar al lenguaje y emplear en su lugar la jerga; y respecto a la poesía pasa lo mismo. Hombre, uno de vez en cuando coge términos, pero es con una poesía de intención claramente crítica o satírica, es decir, muchas veces para ponerlos en evidencia, de una manera excepcional, pero emplearlos directamente en serio no se puede. Una poesía de verdad tendría que estar en el lenguaje corriente y moliente, lo mismo que cualquier formulación política de los de abajo; nunca podrían emplear nada de lo que le ofrece la jerga de los señores. El lenguaje corriente no puede utilizar términos de la jerga; metáforas se hacen en el lenguaje corriente, metáforas y metonimias, y no sólo se hacen en poesía, se hacen hablando, por la calle continuamente la gente hace metáforas y metonimias, y ése es precisamente uno de los resortes que los lingüistas han encontrado como motores del cambio de las lenguas, este uso desviado de las palabras. No hace falta ningún término de jerga para producir estas desviaciones del significado, y por tanto en ese sentido es poético,

descubridor, fundamental. Es decir, Freud tenía en esto mucha razón cuando adoptó estos términos de la retórica, metáfora y metonimia, referidos a los sueños, precisamente para analizar algo de eso que está por debajo de la realidad. En el psicoanálisis lo mismo que en poesía.

Palabra 6ª:

–Antes han salido las palabras ‘sensación’ o ‘sentimiento’, para nombrar eso que no se puede reducir al dinero, o a la realidad en general, y, bueno, me gustaría que nos pusiéramos un poco en guardia contra estas palabras, frente al uso que ahora es normal de esas palabras, porque ¿qué duda cabe de que pertenecen tanto a la realidad, ahora, como lo que más?

(la charla siguió, pero la cinta se terminó)